

Farándula sin tiempo

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

En principio, el circo es como un navío descuartizado. La popa y la proa con sus intimidaciones al aire. Como bodegas al revés. Los mástiles —que después soportarán el gran peso del velamen, las grímpolas de albayalde, las jarcias curvadas por la cabriola espacial de los maromeros— se nos ofrecen allí, inútiles y desamparadas. Parecen árboles abatidos por ese invisible leñador que descuaja el circo y se lo lleva de pueblo en pueblo por el oleaje de los caminos. Esa dura trabazón de madera y animalidad de los circos, ese pulso navegante, esa fronda semoviente de perfume con aros y de ácido, de almizclado olor a cubil, es lo que tenemos delante. Es el circo —ese montón de vísceras palpitantes— que acaba de arribar. Más tarde será la exactitud, el justo equilibrio de las partes. Con sus jaulas y sus tiendas enanas en torno de la carpa grande, de la madraza de lona atestada de rugidos y gritos. Pero ahora, en estas horas que siguen al arribo, el circo es un vasto reguero de objetos abandonados. Sin orden ni concierto. Los animales, olvidados en sus jaulas, miran cansinamente a los curiosos. Un elefante contribuye con su gigantesco pueril, a aumentar la desolación. El elefante es un animal

quimérico. No podemos explicárnoslo. Es una masa extemporánea. Parece construido de sólida ceniza. Todo él participa de lo geológico: las inmensas y arrugadas laderas de sus ijares, su fuerza contenida. Y sus grandes contrastes: la frente dura y temible como una cima. Con sus hondonadas y farolines, con sus trágicas cárcavas. Y los ojos de una dulzura inexplicable entre aquel paisaje de desolada potencia. Como si dos niños estuviesen asomados a los ventanales de aquella fortaleza de carne.

Ante las fieras nos sentimos irreales. No es posible, pensamos, este tigre o este león o esta hiena. Tampoco nosotros somos posibles. El tigre nos mira con sus pupilas silenciosas. Y, sin embargo, existe ante nosotros con su sigilo asesino, con sus vértebras entrabadas por un caucho selvático, con su firme voluntad de fiereza, de odio lejano, de hermosura enclaustrada por sus barrotes epidérmicos. Nos sentimos alelados. Un instante se cruzan nuestros ojos. Como si fuéramos un objeto, una presa sin defensa posible. Y esas risitas humanas de los micos, de los duendecillos del circo. Después miraremos subir lentamente —en busca de altura, de viento, de atmosférico domi-

nio— la carpa colosal. El circo empezará entonces a navegar con sus alas desplegadas. Y vendrá, y vendrá el estallido del látigo del domador y las bailarinas sobre sus caballitos de carrusel. Toda esa ardiente y heterogénea existencia, ese íntimo e inexorable genio de la casa de la farándula. Esa redada de suspiros y lágrimas y compás entre trapeacios. Y veremos al hombre del cubilete, el mostacho, el latiguillo y las polainas —tan inútil, tan parecido a ese retrato car-

comido de un antepasado que pasea en voz alta su obvia charlatanería por el círculo de aserrín. Todo eso será más tarde: los arlequines fantasmales, los enanillos, la mujer de amplias caderas cayendo, como un martinete de carne y hueso, sobre el trampolín del acróbata enmascarado. Pero ahora lo evidente de ese largo viaje que hemos hecho entre las cosas del circo. Ese viaje a nuestra patria, a la infancia. Ese sitio donde el hombre, súbitamente, conoce el nombre de todos los payasos.